

THE HORUS HERESY®

LA GUERRA SIN FIN

Edición de Laurie Goulding



timunmas

THE HORUS HERESY®

LA GUERRA
SIN FIN

timun**mas**

Título original: *War without End*

Traducción: Traducciones imposibles, 2018

War Without End © Copyright Games Workshop Limited 2017.

War Without End, La guerra sin fin, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o

© Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.

Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2015 por Black Library

Games Workshop Limited.,

Willow Road, Nottingham,

NG7 2WS, UK

www.blacklibrary.com

Cubierta e ilustraciones interiores de Neil Roberts

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2018. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona

Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

www.timunmas.com

www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0561-3

Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters

Depósito legal: B. 13.471-2018

Impreso en España

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web

www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Unos finos hilos de humo oloroso se movían a la deriva desde unos quemadores de aceite semejantes a una boca dentada y colmaban la alcoba de una deliciosa mezcla de canela y madreSelva. El sutil resplandor del sudor aceitoso y el aliento perfumado completaban aquella atmósfera indulgente. La luz del amanecer arrojaba rayos dorados a través de los listones de madera de la persiana que cubría las ventanas, y se derramaba con languidez sobre la pareja que, sin aliento, yacía sobre aquel suntuoso lecho con los ojos desenfocados, las extremidades entrelazadas y las mentes felizmente abstraídas.

Tres botellas de exquisito vino de Caeban descansaban sobre una mesa artesanal junto a la cama, y varias manchas rojas esparcidas sobre las sábanas demostraban el desenfreno con el que había sido consumido. Raeven apartó el brazo de los hombros de Lyx y recorrió con el dedo el tatuaje en espiral de detrás de la oreja que normalmente escondía su pelo caoba.

—¿Sabes cuántos problemas podrías tener si alguien lo viese? —preguntó él.

—Tú lo has visto —respondió ella.

—Sí, pero no voy a acusarte por tener un tatuaje de culto.

—Entonces ¿por qué debería preocuparme? —dijo con una sonrisa burlona—. Eres el único que tiene ocasión de verlo.

—¿Ni siquiera Albard?

—Mucho menos Albard. —Rio, pero él vio a través de su frivolidad.

—En realidad no estás metida en el culto de la Serpiente, ¿verdad?

Lyx sacudió la cabeza y le dio un beso.

—¿De veras me imaginas bailando desnuda en el bosque?

—Ahora sí. ¿Eso es lo que hacen?

—Eso dicen —contestó Lyx—. Eso, y que sacrifican vírgenes, y que copulan con nagas.

Raeven hizo una mueca de asco. Al igual que la mayoría, había oído los rumores que corrían sobre las prácticas infames del culto de la Serpiente, sobre su creencia errónea en viejos dioses y su rechazo a todo tipo de autoridad. Y, como la mayoría, los había considerado como tales, como meros rumores.

—¿Queda algo de beber? —preguntó Lyx.

Raeven alargó la mano sobre ella para examinar las botellas. Todas estaban vacías, así que volvió a desplomarse sobre la cama profiriendo un suspiro.

—No, no queda nada.

—¿Nos lo hemos bebido todo? —exclamó Lyx poniéndose de lado. Le regaló una sonrisa con sus labios gruesos al percatarse de que aquel movimiento tiró hacia abajo las sábanas que le cubrían el cuerpo. Raeven estuvo un rato saboreando el color tostado de su piel y la forma con la que se le erizaba el vello en el gélido ambiente de los altos aposentos.

—Me temo que sí —contestó.

—Eso explica por qué siento como si me estuviese estrujando la cabeza una de las nagas que tu padre tiene por mascota.

Raeven se restregó los ojos y recorrió el interior de su boca con la lengua. Al igual que Lyx, su piel poseía el color de un roble joven, marcada por las líneas definidas de su musculatura. Él era esbelto mientras que su hermano era corpulento, y también robusto pero, por el contrario, Albard solo se le podía definir generosamente como «fornido».

Sin nada que beber por allí cerca, Raeven estiró la mano hacia arriba, tiró de un tubo enroscado hecho con piel de azhdárquido y aspiró por la pieza de cobre de la punta hasta que las ascuas candentes del cuenco del estante que descansaba sobre el cabecero se iluminaron. Lanzó una bocanada de humo aromático y se apoyó sobre un brazo como si de una almohada se tratase.

—Dudo que el viejo Oruboros o Shesha pudieran siquiera romper un huevo ahora —dijo por fin—. Es una comparación estúpida.

—Ya sabes a qué me refiero —comentó ella con gesto mohíno.

—Sí, pero estás más guapa cuando estás triste.

—Será por eso por lo que eres tan cruel conmigo.

—Es una de las muchas razones. —Asintió Raeven, que dejó que los efectos calmantes del humo mitigasen el malestar que siempre sentía cuando se despertaba en la misma cama que Lyx. Por muy tentadores que fuesen sus encantos físicos y sus técnicas amatorias, no conseguía quitarse de encima la sensación de que había algo antinatural en sus...

¿Sus qué? ¿Relaciones carnales? Eso era poco probable, ya que entre ellos había poco amor que desperdiciar.

Copular tenía cierto encanto, pues encerraba a la perfección el violento frenesí de su apareamiento, pero no conseguía expresar la aversión que en él había generado su naturaleza prohibida. Raeven miró por encima el anillo que llevaba Lyx en el dedo y estuvo a punto de reírse cuando sus ojos mejorados genéticamente leyeron los esponsales inscritos con láser sobre la superficie de platino.

—¿De qué te ríes? —preguntó Lyx.

—De nada —comentó—. Acabo de fijarme en la promesa que Albard grabó en tu anillo.

Ella escondió la mano debajo de las sábanas y, tras ponerse colorada, se encogió de hombros.

—Es un anillo bonito, y tú insististe en que no me lo quitase.

—Sí —dijo Raeven, que dejó que el tubo de la pipa volviese al cuenco—. Me gusta saber lo que profano.

Ella sonrió y alargó el brazo para tirar de él y acercarlo. Sus dedos rozaron los conectores de acero que le perforaban la carne del cuello y de la columna. Raeven la vio estremecerse ante aquella presencia fría y metálica que había en su piel, y se tomó un momento para saborear la mirada de aversión que centelleó en sus ojos.

—¿No te gustan? —preguntó él.

—No, están fríos.

—A estas alturas deberías estar acostumbrada —contestó Raeven empujándola contra la cama. Se inclinó para besarla, pero ella giró la cabeza a un lado.

—¿Te dolió? —quiso saber Lyx—. Es decir, cuando los sacristanes te abrieron en canal.

Todavía apoyado sobre los codos, Raeven asintió.

—Sí. Los sacristanes nos inmovilizaron con inhibidores musculares, pero padre decidió que nos sometiésemos a la operación sin la ayuda de los calmantes, tal y como ellos hicieron en su época. Estuvimos paralizados, pero conscientes todo el tiempo.

Ella se estremeció al imaginarse que los sacerdotes de rostro férreo de Marte y sus lacayos sacristanes la abrían en canal. Raeven apretó la mandíbula al recordar el procedimiento, amarrado a una camilla de bronce en las profundidades del santuario mientras Albard y él, frente a frente, se miraban a través de aquella extensión de azulejos cerámicos de color verde botella y acero esterilizado.

—Sospecho que padre esperaba verme gritar, pero preferiría la muerte antes que darle esa satisfacción.

—¿Qué sientes ahora con ellos? —dijo ella mientras palpaba los bordes de los conectores clavados en la carne y deslizaba los dedos por dentro, a pesar de la aversión que ya había demostrado. Era muy propio de ella mostrar primero aprensión y puro interés a continuación. Así lo había hecho desde el primer momento en el que él la había llevado a su cama. Le suplicó que lo que estaban haciendo estaba mal, pero terminaba volviendo una noche tras otra para más de lo mismo.

—Siento que son parte de mí —explicó tras encogerse de hombros—. Como si siempre lo hubiesen sido.

—Los de Albard están infectados —comentó Lyx mientras frotaba la piel que había alrededor del conector neural, y Raeven vio que su respiración se volvía más pesada—. Me hace aplicarle emplastos contrasépticos varias veces al día.

—¿Le gusta?

Ella sacudió la cabeza.

—No, lo odia.

—Bien —respondió Raeven, que la besó y sintió que el cuerpo de la mujer respondía a sus caricias.

Más tarde, mientras Lyx dormía, Raeven salió de la cama y caminó por el suelo de la alcoba con sumo cuidado. El aire era frío en lo alto del valle, pero las gruesas pieles de mallahgra que había cazado su abuelo en las junglas de Kush le mantenían los pies calientes. El sudor se le enfrió rápidamente sobre la piel, y se tapó el cuerpo desnudo con una bata color verde mar ribeteada con pelo de xenosmilus. Desde detrás de los listones de las persianas pudo oír el sonido de la ciudad preparándose para las celebraciones de aquel día, la algarabía entusiasmada de decenas de miles de voces.

Aunque Raeven se encontraba a cientos de metros por encima de la ciudad en una de las tres Torres Devine, se creyó que todavía podía percibir la mezcla de acentos cosmopolita de la gente que se reunía allí abajo

desde todas las partes del mundo para honrar la Conversión de los hijos de lord Devine. Los mercaderes de Loquash estarían regateando con los hombres pintados de Aenatop. Los artesanos de la Ciudad Mecánica estarían mostrando sus máquinas rítmicas maravillosas (con la esperanza de no llamar la atención de la guardia sacristana) mientras las diversas casas no dudaban en exhibir a los mejores y más valientes de sus caballeros, alardeando de sus grandes cacerías y de la productividad de sus sátrapas. Y la gente de Lupercalia estaría soportando la intrusión de toda esa gente en su ciudad con la estoica convicción de que ninguno de los recién llegados podía compararse con la Casa Devine.

Raeven apartó los pesados cortinajes y empujó las persianas hacia fuera para salir al balcón de piedra, como si la ciudad fuese solamente suya.

Aquel terreno escarpado se extendía ante él, ocupaba todo lo ancho del valle desde un lado hasta otro y caía en cascada a lo largo hasta las planicies fértiles de abajo. Unas estructuras coloridas de todas las formas, tamaños, alturas y orientaciones imaginables luchaban por tener un hueco en calles que poseían las cualidades de aquellas legiones del Emperador que habían devuelto aquel mundo bajo el amparo del Imperio.

Allí donde el León había erigido la Ciudadela del Alba, en las cumbres afiladas de la zona superior del valle, las calles circundantes se trazaron estrictamente en rígidas cuadrículas. Y donde la geografía local interfería con ese plan, el Mechanicum la manipulaba a voluntad. Más abajo, las calles se entrelazaban como un dibujo intrincado, y se decía que la naturaleza salvaje y, al mismo tiempo, ordenada de aquella distribución representaba el modo que tenía lord Horus de hacer la guerra. El Khan había decidido no dejar su huella en la roca, y en su lugar eligió adentrarse en las zonas salvajes y en las altas montañas. Nadie supo con exactitud qué legado había dejado el primarca de los White Scars, pero las historias que se contaban entre susurros junto a la lumbre relataban que había hablado de cosas secretas con las tribus y las casas nobles que existían en los límites del mundo.

El único pedazo de unidad en medio de la naturaleza caótica del trazado de la ciudad era la Via Argentum, una avenida tan recta como un láser que trepaba por el valle, desde su ancha abertura hasta la fortaleza rocosa construida en la piedra ocre de la montaña. Raeven se llevó una mano a los ojos y levantó la mirada hacia aquella cumbre tan hábilmente esculpida, que más que un elemento geológico era una manifestación de la humanidad tallada en la cara del mundo.

Unos brazos se deslizaron alrededor de su cintura, y Raeven olió el aceite de jazmín con el que a Lyx le gustaba untarse la piel. Pudo sentir que estaba desnuda, y se preguntó si todavía le quedaba tiempo para llevarla a la cama de nuevo antes de que su madre lo fuese a buscar.

—¿Estás nervioso? —le preguntó.

Él miró la cúpula marmolada de la ciudadela, donde el sol de la mañana brillaba sobre las bandas de cobre que había entre los paneles artesonados de azul celeste. Sacudió la cabeza, enfadado porque ella pudiese pensar que tenía miedo de lo que aquel día prometía.

—No —dijo apartándola hacia un lado—. Llevo preparado para el Ritual de Conversión desde el verano en que cumplí diez años. Sé quién soy y estoy listo para lo que sea que vaya a ocurrir. Si un zoquete como padre puede soportarlo, entonces no tendré ningún problema.

—He oído que el primogénito de la Casa Tazkhar murió y que sus tres hermanos se volvieron locos después de someterse al ritual.

—¿La Casa Tazkhar? —se mofó Raeven—. ¿Qué se puede esperar de unos nómadas quemaheces que ni siquiera pueden levantar una ciudad como es debido? Seguro que algún chamán merdoso disfrazado de sacristán le puso veneno de naga sagrada en sus conectores neurales.

—No deberías enfadarte —le advirtió Lyx—. Necesitas estar tranquilo. La impronta del Trono Mechanicum se basa en tu estado neural en el momento de la conexión.

Raeven se dio la vuelta y se rio, profiriendo un amargo gruñido burlón.

—¿Ahora eres un sacerdote del Mechanicum? ¿Tienes más perlas de sabiduría para mí o es que tu perspicacia solo alcanza lo que es claramente evidente?

Lyx frunció los labios.

—Estás de un humor de perros esta mañana.

—Soy lo que tú haces conmigo —replicó—. Siempre lo he sido.

La mano de Lyx salió decidida a propinarle una bofetada, pero la manipulación genética que había poseído el linaje masculino de la Casa Devine durante siglos se aseguró de que la velocidad de reacción de Raeven fuese mucho más rápida que la de Lyx. Le cogió la mano y le retorció el brazo con violencia hasta ponérselo a la espalda. La empujó dentro de la habitación y la lanzó boca abajo contra la cama. Ella se volvió para mirarlo al mismo tiempo que él abría la bata, en su rostro la misma expresión mezcla de aversión y devoción que había llevado desde la infancia.

Antes de que Raeven pudiese hacer nada más, la puerta de la cámara se abrió y una mujer escultural ataviada con un vestido fluido de escamas

iridiscuentes entró de golpe. Portaba un tocado de piel de naga, y varios sirvientes, cegados por el veneno, la siguieron dentro, cada uno con una selección de trajes para que él pudiese escoger.

—¡Madre! —exclamó Raeven, que apoyó las manos sobre las caderas y suspiró exasperado—. ¿Ya no llamas a la puerta?

Cebella Devine sacudió la cabeza y lo reprendió señalándolo con un dedo.

—¿Qué madre necesita llamar a la puerta de su hijo el día de la Conversión?

—Está claro que tú no —contestó Raeven.

—Ahora cállate —espetó Cebella moviendo una uña alargada por encima de las líneas esculturales del pecho de su hijo—. Será mejor que no te enfades conmigo. Especialmente hoy.

—Ahórratelo, madre —replicó Raeven—. Lyx ya me ha otorgado su extensísima sabiduría sobre el tema.

La expresión de Cebella se endureció y se volvió para mirar a la joven tumbada en la cama, quien a su vez le lanzó una mirada fulminante de desdén.

—Vístete, Lyx —dijo Cebella—. No es apropiado que estés aquí hoy.

—¿Solo hoy? —Rio Lyx.

—Si pretendes ser la adoratriz consorte de Raeven, tienes que actuar como tal.

—¿Como tú lo eres con Cyprian? —espetó Lyx y cerró los dedos de las manos en puños—. Lo dudo mucho.

—Sal —ordenó Cebella. Su rostro era como una máscara de granito—. Albard llegará pronto. Ve por los túneles del servicio y no aparezcas ante mí hasta que todo haya terminado.

—Será un placer —respondió Lyx, que claramente estaba controlando su furia mientras recogía su ropa. Se la puso con una rapidez ya ensayada y, una vez vestida por completo, se acercó un momento a Raeven para darle un beso en la mejilla—. Hasta luego.

Cebella chasqueó los dedos y soltó:

—Que alguien abra las cortinas. Esta habitación huele a burdel.

—Bueno, tú eres la experta en eso —murmuró Lyx, lanzándole así un último dardo antes de pasar corriendo junto a Cebella y desaparecer por la puerta.

—Bien —dijo Cebella tras posar su mirada acusadora sobre su hijo—. A ver si podemos dejarte más o menos presentable.

Varias horas después, vestido con valiosas sedas en tonos negro y verde mar, varios fajines en carmesí y azul, y unos pantalones ajustados de color crema metidos en unas botas de montar de caña alta con tacones altos, Raeven siguió a su madre y descendió la torre entera. Ella estaba recitando una lista de los numerosos dignatarios que estaban allí para celebrar su Conversión y la de Albard. Él la ignoró por completo, pues se puso a recordar la noche que había pasado con Lyx. Como siempre, aquel recuerdo le provocó una extraña mezcla de vergüenza y culpabilidad placentera.

Cuando llegaron al gran salón, a los pies de la torre, su madre torció aquel semblante matriarcal hacia él y le dijo:

—¿Acaso has oído algo de lo que he dicho?

—Ni una palabra —confesó él mientras oía el alboroto de los vítores y los festejos en las calles, más allá de la torre.

Antes de que Cebella pudiese regañarlo por su conducta ignorante, un ejército de guerreros armados hizo su entrada en el salón, hombres brutos, provistos de una gran variedad de armamento de aspecto feroz, diseñado para matar mediante un amplio abanico de formas dolorosas. A la cabeza de los guerreros iba un hombre ataviado con una pesada armadura de fusión de plata reluciente; de las que un hombre habría llevado cinco siglos atrás montado a lomos de un caballo, si hubiese logrado encontrar uno lo bastante fuerte como para soportar su peso.

Era fornido y de complexión ancha, aunque con la piel flácida allí donde su físico juvenil finalmente se rendía ante la genética de su padre. El lado derecho de la cara estaba cubierto de quemaduras que no habían sanado bien con los años, y el ojo de ese lado había sido reemplazado por un implante augmético después de que la caza de un mallahgra indómito acabase mal y su ataque furioso le abriese el cráneo.

Albard Devine, primogénito de la Casa Devine, sacudió la cabeza ante el atuendo de Raeven.

—No vas preparado para la guerra.

—Tan observador como siempre, hermano. —Asintió Raeven con una reverencia algo brusca.

—¿Por qué vas así vestido? —inquirió Albard.

Su hermano pronunció aquellas palabras de un modo sumamente deliberado, ya que sus espantosas cicatrices hacían que pareciese estúpido si hablaba demasiado de prisa. Cada vez que Raeven lo miraba, le recordaba lo mucho que se alegraba de ser más joven que Albard y, por tanto, haberse ahorrado el ritual de quemar el rostro del primer heredero varón cuando este alcanza la madurez.

—Voy así vestido —respondió Raeven— porque me parece ridículo que tengamos que ponernos esa armadura anticuada hasta lo alto de la ciudadela para luego quitárnosla. Esos reactores son tan viejos que seguramente estarán derramando radiación en tus huesos. Te lo advierto, te arrepentirás de llevar esa monstruosidad chirriante cuando estés intentando engendrar un heredero.

—Los hombres de la Casa Devine hemos llevado esta armadura de plata desde el primer momento en el que nos alzamos para gobernar este mundo —explicó su hermano, que se acercó a él mirándolo con fiereza—. No deshonrarás a nuestro padre ofendiendo su recuerdo. Te pondrás la armadura.

Raeven sacudió la cabeza.

—No, creo que así ya voy bien.

Albard arrugó la nariz asqueado cuando finalmente percibió el aroma de los aceites perfumados que emanaba del pelo de su hermano. Raeven vio en él un destello de reconocimiento, y reprimió el deseo de regodearse ante la idea de que su hermano hubiese reconocido los aceites de su esposa.

—Hueles como si hubieses estado de putas toda la noche —soltó Albard, que se puso a dar vueltas a su alrededor.

—Bueno, ahora que lo mencionas, sí que ha habido una joven afortunada... —comentó Raeven.

La mano de su hermano, con el guantelete puesto, salió disparada para golpearlo, pero Raeven se echó a un lado.

—Venga ya, hermano —dijo—. Ya no eres ni la mitad de rápido de lo que eras antes para poder golpearme.

Albard miró por encima de él a Cebella, y Raeven escondió una sonrisa al ver el profundo odio y las décadas de aborrecimiento mutuo que intercambiaron.

—Esto es cosa tuya —exclamó Albard—. Tu lengua viperina ha convertido a tu hijo en un sinvergüenza insolente.

—Albard, hijo mío... —comenzó a decir Cebella.

El hermano de Raeven la cortó en seco con un gruñido de furia.

—Tú no eres mi madre, bruja. Mi madre está muerta y tú solo eres la zorra que comparte la cama de mi padre y me proporciona hermanos no deseados.

Los guerreros que aguardaban tras Albard se pusieron tensos esperando la respuesta de Raeven. Lo conocían lo suficiente para comprender que era un hombre al que no se le debía subestimar. Sus aires de

condescendencia cortés refinados con esmero y su mala fama ocultaban un guerrero de considerable destreza, y más de un noble insensato lo terminó descubriendo al final de un sable de esgrima charnobaal en un duelo.

—Cuidado, Albard —dijo Raeven—. Un hombre podría ofenderse ante tal insulto proferido a su madre.

Al menos su hermano comprendió que se había pasado de la raya, pero no era propio de Albard pedir perdón; otra característica que compartía con su padre.

—¿Acabamos con esto de una vez? —preguntó Raeven, que pasó de largo junto a Albard y sus guerreros bien provistos de armas—. Padre nos estará esperando.

Bordeando la Via Argentum, una muchedumbre vitoreaba a medida que el carruaje los conducía hacia la zona más alta del valle. Miles de hombres y mujeres atestaban las calles que rodeaban el camino de la procesión, y otros miles más saturaban los tejados y las ventanas que daban a ella. Raeven saludaba a su gente; les lanzaba besos a las chicas y golpeaba el aire con el puño para los hombres. Ambos gestos eran pura pantomima, pero a nadie parecía importarles.

—¿Tienes que hacer eso? —dijo Albard—. Se supone que es un momento de gran trascendencia.

—¿Quién lo dice? —respondió Raeven—. ¿Padre? Pues con más razón.

Albard no contestó y permaneció sentado, mirando con estoicismo desde el carruaje descubierto mientras ascendía cuesta arriba por aquel majestuoso camino. Un regimiento entero de caballería huscarle iba por delante de su transporte flotante, dos mil hombres vestidos con uniformes plateados y cascos con penachos de plumas moradas. Cada uno de ellos portaba una gran lanza con la contera brillante en una mano y una carabina-fusil enfundada a la espalda. Otros cinco regimientos de infantería enmascarada les seguían por detrás, marchando perfectamente al unísono con estandartes refulgentes de acero plateado sobre sus cabezas y rifles láser recién fabricados sobre sus hombros.

Aquella solo era una pequeña porción de las fuerzas armadas que la Casa Devine capitaneaba.

Mucho más abajo, en las estacadas acorazadas, cientos de miles de infanterías mecanizadas, divisiones de tanques superpesados, baterías de artillería y cohortes enteras de robots de batalla aguardaban preparadas para obedecer las órdenes del comandante imperial de aquel mundo.

Que alguien hubiese considerado apropiado nombrar al padre de Raeven como tal era solo otro ejemplo del disparate que impregnaba cada aspecto de aquel nuevo Imperium.

Gallardetes y banderas en color negro y dorado, marfil y verde mar colgaban de todas y cada una de las ventanas, unidas por el emblema del águila y la naga enroscadas que había adoptado la Casa Devine como heráldica desde que llegaron las legiones del Emperador noventa y nueve años atrás. Tras una capitulación sin derramamiento de sangre, gracias en gran medida a los registros meticulosos conservados por cada casa de caballeros, los calendarios que existían en aquel momento en el planeta fueron desechados para favorecer el nuevo sistema de datación imperial.

Según sus cálculos, el año en curso era «966.M30», y el «Centésimo sexagésimo octavo año de la Gran Cruzada del Emperador». Raeven lo consideraba un medio de control terriblemente arrogante, pero parecía encajar a la perfección con el imperio galáctico emergente.

Numerosos artefactos heráldicos anunciaban la presencia de otras casas nobles, muchas de las cuales reconocía Raeven gracias a años de estudio forzoso cuando era niño, pero algunas otras las desconocía. Lo más probable es que fuesen casas provincianas obsoletas apenas dignas de su nombre, que tal vez contaban con un solo guerrero digno de mención.

Raeven se recostó sobre el duro asiento de madera del carruaje y disfrutó de la adulación de las masas. Sabía que la mayoría de vítores eran para Albard, pero no le importó. A la gente le gustaba que sus reyes guerreros pareciesen guerreros, y su hermano encajaba mucho mejor en esa descripción que él.

Uncida al carruaje y profiriendo gruñidos por el esfuerzo de tirar de él había una fuerte criatura, con el lomo ancho de un grox, propio de los animales de carga, y un cuello larguísimo que se extendía cuatro metros del cuerpo. Sobre aquel cuello musculoso había una cabeza de ave feroz, con un pico afilado y ojos hostiles. El azhdárquido era una criatura aviar no voladora que vagaba por los pastos llanos en pequeños grupos familiares; resultaban cómicos a la vista, pero eran depredadores mortíferos capaces de abatir incluso a un cazador bien armado.

Los implantes craneales perforados en su cabeza volvían sumisa a la bestia, pero Raeven se había preguntado con frecuencia qué ocurriría si se los quitaban. ¿Sería capaz un animal domesticado de reclamar su naturaleza salvaje?

El azhdárquido no era la única bestia que formaba parte de su procesión.

Tras ellos, avanzando con pasos pesados y torpes, había un corpulento simio conocido como mallahgra, una de las pocas criaturas gigantescas que quedaban al otro lado de las altas montañas arboladas de las tierras altas de Untar Mesas. El mallahgra era un animal sorprendentemente fuerte, medía casi siete metros de altura cuando se erguía, y estaba cubierto de un tupido pelaje del color del granito descolorido. Sus cortas patas traseras y sus extremidades superiores largas y recias estaban cubiertas de músculos y eran capaces de abrirse paso a través de la más gruesa armadura con una facilidad pasmosa. La cabeza, con forma de bala, era una mezcla espeluznante de escarabajo acorazado y tiburón acolmillado capaz de engullir a un hombre entero de un solo mordisco. Poseía seis ojos: un par de ellos inclinados hacia delante como los de un depredador, uno a cada lado del cráneo como un animal de presa, y otro par en una banda de carne rugosa en la base del cuello.

El hermano de Raeven sabía por amarga experiencia que esa curiosa disposición evolutiva los convertía en verdaderos demonios para cazar. Al igual que con el del azhdárquido, habían perforado el cerebro del mallahgra con implantes para suprimir sus instintos naturales, y también le habían asignado una función en aquel desfile.

El mallahgra llevaba un conjunto de grilletes bien apretados hechos con latón y hueso. Sus garras estaban amarradas con ellos, y de un ancho cepo colgaba media docena de cadáveres que se balanceaban con el paso oscilante de aquella bestia inmensa. El viento cambió de dirección y el hedor a carne muerta llegó hasta el carruaje. Albard arrugó la nariz y sacudió la cabeza.

—Por el Trono, eso apesta —comentó.

Raeven se dio la vuelta para observar los cadáveres. Todos estaban desnudos y llevaban unos tableros clavados en las costillas en los que se anunciaba su crimen.

Solo una transgresión merecía un castigo así: herejía.

—Me temo que es el precio que hay que pagar —murmuró.

Albard frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Cada vez que se realiza un acto de obediencia ceremonial se acaba exhibiendo a los seguidores de los dioses serpiente —explicó Raeven—. Después de todo, tenemos que fingir interés por adoptar el nuevo orden de la galaxia y demostrar que estamos poniendo nuestro granito de arena a la hora de purgar las viejas costumbres del planeta. La verdad imperial lo exige. —Sonrió con socarronería—. Hace un siglo podríamos haber sido tú y yo los que fuesen colgados del mallahgra.

—La Casa Devine renunció a las creencias de los dioses serpiente hace más de cien años —afirmó Albard mientras la caballería huscarle empezaba a separarse haciendo figuras predeterminadas.

—Por suerte para nosotros, ¿eh? —dijo Raeven—. ¿Qué es lo que decía madre? Ah, sí... «La traición es una mera cuestión de fechas».

La cabeza de Albard se volvió con brusquedad al oír mencionar a su madrastra, pero Raeven hizo caso omiso de la hostilidad de su hermano.

La ciudadela se alzó ante ellos, una masa sólida de roca tallada directamente en la montaña por los geoformadores del Mechanicum. Raeven todavía no había nacido por aquel entonces, pero había visto imágenes y había leído los informes de su creación: exageraciones escandalosas sobre continentes que se resquebrajan, mundos que se reconfiguran por voluntad de los primarcas... bla, bla, bla...

Como pieza de arquitectura, era sin lugar a dudas un edificio imponente, un monumento en honor al arte de los constructores de fortalezas, donde no se había reparado en gastos y no se había desperdiciado ni una sola oportunidad de añadir un baluarte más a sus defensas. Unas murallas gruesas de roca parda, torres altas, un portal de adamantio plateado singular y vías de acceso construidas con astucia garantizaban que solo un demente se atreviese a asaltar sus muros.

De pie frente a la Puerta Argentada se encontraba Cyprian Devine, conocido entre sus enemigos como «Acero Infernal» y como «comandante imperial» entre sus súbditos.

Raeven lo conocía como «padre».

Lord Devine medía diez metros de alto con su armadura de caballero senescal, una construcción tecnológica monumental miles de años anterior al Imperio. Encorvado hacia delante como si estuviese a punto de lanzarse al ataque, el soporte de su padre poseía curvas brutales y líneas despiadadas. Sus piernas iban provistas de pistones y rodeadas de cables envueltos en vapor, y llevaba un caparazón negro y verde segmentado superpuesto como el de una tortuga gigante pantanosa.

La naga y el águila enroscadas aparecían representadas en los estandartes que ondeaban colgados del soporte en suspensión en el que su padre portaba su característico sable sierra y los dos cañones de sus turboláseres. Cuando el carruaje se acercó, la cubierta del casco se dividió en dos por una junta horizontal y se abrió, con lo que esparció de este modo algo de líquido refrigerante y abundante vapor caliente, como si fuese el aliento de una máquina.

Atado al asiento del piloto y conectado a los mecanismos de su armadura, la legendaria e imponente figura de Cyprian Devine miró a sus hijos mientras la muchedumbre los ovacionaba cada vez con más fuerza y los vítores retumbaban por la cuenca del valle como si de una tormenta se tratase. Las dos grandes bestias se estremecieron ante todo aquel ruido. El mallahgra sacudió los cadáveres que colgaban de sus cepos y el azhdárquido soltó un graznido de enfado. Una salva de disparos se sumó a la cacofonía y la música de una docena de bandas multicolor se elevó por los aires antes de que Albard y Raeven bajasen del carruaje.

Los hijos de lord Devine iban a someterse al Ritual de Conversión para ejercer su derecho de nacimiento como caballeros de Molech.

Un momento tal en la historia era digno de celebración.

Los pasillos del santuario eran de acero pulido, y habían sido construidos hacía más de mil años por los primeros colonos que llegaron a aquel mundo, según decía la leyenda. Lyx tenía razones para creerlo. Las placas de la cubierta, las vigas reforzadas con planchas de acero y las tuberías de vapor que silbaban y se extendían a lo largo y ancho de la estructura olían a viejo. Hacía tanto tiempo que los habían construido que ni siquiera parecía que hubiesen sido hechos por manos humanas.

Si se concentraba, podía sentir el murmullo omnipresente de los generadores colosales que había enterrados en la roca de la montaña, los latidos glaciales de los motores dormidos en la bodega de abajo y la vibración lejana de un millón de voces que retumbaban en todas las salas cuando las noches se hacían más largas y las sombras salían a escondidas. Lyx sabía que no era la única que las oía, pero tenía la sospecha de que no había ninguna otra persona que supiera lo que en realidad eran.

Se cruzó con algunos sirvientes, huscarles y hombres de armas, pero ninguno se atrevió a saludarla.

Decían que Lyx tenía mucho carácter, que era impredecible.

Volátil era otra de las palabras que solían utilizar.

Lyx no creía que hubiese matado nunca a nadie, aunque recordaba por lo menos a una sirvienta que jamás volvería a caminar y a otra a la que cegó con una tisana abrasadora que la muchacha no había endulzado según sus especificaciones exactas. Un criado había perdido las manos después de haber pasado junto a ella en los establos y permitir que sus dedos tocasen la piel desnuda de su brazo. Raeven lo había mutilado en un duelo enormemente desigual, le cercenó los dedos de uno en uno mientras el chico le rogaba por su vida con los brazos en alto como súplica.

Aquel recuerdo hizo sonreír a Lyx, y la belleza retornó a su rostro.

Sus criadas habían logrado borrar todo rastro del encuentro secreto de la pasada noche y de su salida precipitada de los aposentos de Raeven, pues conocían mejor que nadie cómo ocultar las pruebas de su comportamiento. Acicalada con un vestido arcaico de paneles de cobre, encaje entretejido y un corpiño generoso de huesos de mallahgra, muy apropiado para la ocasión, atravesó los pasillos oscuros como si fuese un fantasma. Llevaba el reluciente pelo caoba suelto en cascada, trenzado con hilo de plata y nácar, cuidadosamente dispuesto para esconder el tatuaje con forma de serpiente de detrás de la oreja.

Lyx parecía a todas luces la adoratriz consorte que anhelaba ser.

No del bruto de Albard, sino de Raeven.

El destino había escogido un camino distinto para ella: un camino repugnante y detestable, pero las voces seguían prometiéndole que su suerte todavía se podía cambiar. Y si había que incumplir unas cuantas normas sociales, costumbres y convenciones para poder conseguirlo, entonces mucho mejor.

Subió los últimos peldaños, hechos con rejas de hierro, que llevaban a los niveles superiores del santuario sabiendo que pronto Albard y Raeven estarían entrando a la gran ciudadela.

Razón de más para darse prisa.

En lo alto de las escaleras, otro pasillo metálico dibujaba una curva alrededor de la circunferencia del edificio, pero Lyx entró por la primera puerta. Llamó con cuidado y la cruzó nada más se abrió.

La habitación rebatía el aspecto antiguo del exterior del santuario, pues estaba llena de montones relucientes de máquinas complejas, tuberías quejumbrosas, orbes de cristal crepitantes y generadores vibrantes. El hombre que había ido a visitar cerró la puerta y le dirigió una mirada inquieta con devoción y añoranza.

—¿Te ha seguido alguien? —preguntó él sin aliento por la ansiedad.

—Claro que no —soltó ella—. Nadie aparte de ti estaría dispuesto a seguirme.

El hombre abrió la boca y la cerró como si fuese un pez fuera del agua, y a Lyx le repugnaba pensar que le había dado permiso para tocarla. El sacristán Nadezhda era un hombre esbelto de mediana edad cuyo rostro era medio humano y medio máquina, un miembro del grupo de artifices que mantenía las imponentes armaduras caballero en el corazón del santuario. La parte humana estaba parcialmente oscurecida por el tatuaje de una serpiente naga que se enroscaba alrededor de la cuenca del ojo.

No era Mechanicum, pero tampoco era del todo humano.

Era humano en su justa medida.

—No, supongo que no —respondió. Su alivio quedó patente cuando desfrunció su ceño permanente—. Pero ellos no te conocen tanto como yo. No ven la debilidad que con tanto empeño intentas ocultar tras esa actitud de aristócrata.

Lyx quiso reírse, pero las cosas que estaban en marcha hicieron que mantuviese a raya su deseo de burlarse de él.

—Nadie tiene ocasión de verla —dijo ella mientras recorría con un dedo pícaro la turgencia de su alargado cuello—. Solo tú.

Nadezhda se pasó la lengua, seca como el papel, por los labios mientras miraba el escote de Lyx con avidez manifiesta.

—¿Tenemos tiempo para un último... ya sabes, antes de que lleguen los hijos de lord Devine?

Lyx notó cómo una presión iba creciendo detrás de sus ojos y le hacía querer sacar el cuchillo de hueso que llevaba oculto en el corpiño y clavarlo en la garganta de Nadezhda una y otra vez. Reprimió aquel impulso y dejó escapar un leve suspiro. Él tomó aquello como un sí y empezó a manipular el cinturón que portaba sobre sus ropajes carmesíes.

—Sí, mi amor —confirmó Lyx, que se mordió el labio inferior para evitar mostrar la aversión que sentía—. Pero necesito que hagas algo por mí. Algo para demostrar lo mucho que me quieres.

—Lo que sea —contestó Nadezhda.

—Me alegro de que digas eso —susurró ella.

Albard y Raeven marcharon uno al lado del otro hacia su padre y, muy a su pesar, Raeven admitió que no creía ir vestido debidamente para la ocasión. No es que hubiese preferido ponerse la vieja armadura de fusión que le habían construido con diez años, pero deseó haberse ceñido por lo menos una espada o una pistolera. Incluso desde ese punto, podía observar el enfado de su padre al ver su rica vestimenta.

Suponiendo que sobreviviese al Ritual de Conversión, más tarde tendría que responder por su atuendo.

A cierta distancia, la armadura de caballero era impresionante. De cerca, era francamente aterradora.

Raeven nunca había visto las máquinas divinas del Mechanicum, pero no alcanzaba a imaginar que pudiesen ser mucho más temibles que aquella. Sabía que eran más grandes, sin duda alguna, pero en las videocapturas que había visto eran entes gigantescos y pesados; eran montañas en

movimiento que ganaban batallas mediante el uso puro de su potencia armamentística más que por cualquier tipo de astucia táctica.

Un titán era una máquina de guerra; un caballero era un guerrero.

Los dientes de Raeven temblaron ante la presencia de los escudos iónicos del caballero e, incluso desde abajo, sintió la vehemencia del enfado de su padre.

Aunque proyectaba una imagen de indiferencia y desinterés, Raeven había estudiado con atención los detallados protocolos y prácticas del Ritual de Conversión. Sabía que iba a ser necesario recitar extensas doctrinas sobre el deber, el honor y la lealtad, además de recursos mnemotécnicos que ayudarían en el proceso de conexión y asegurarían una conjunción perfecta con la armadura que iba a pilotar tras una impresión exitosa.

Solo entonces se dio cuenta Raeven de que, después de aquella noche, no volvería a ser el mismo hombre. Crear un vínculo con su armadura lo iba a cambiar para siempre, y un atisbo de duda se infiltró en su cabeza, como un gusano en una manzana podrida.

Albard hincó la rodilla frente a lord Devine mientras los servos de su armadura de fusión gemían al realizar el movimiento.

Raeven vaciló, pero antes de que pudiese imitar el movimiento de su hermano oyó unos gritos a sus espaldas. Alguien disparó, y a continuación sonó lo que parecía ser el estallido de una granada. Se dio la vuelta a tiempo para ver a un hombre saliendo a toda velocidad de entre la multitud, con su larga túnica ondeando tras él como si fuese una capa. Tenía el rostro parcialmente aumentado y un tatuaje en espiral le cubría la piel que le rodeaba el ojo izquierdo. Tras él, había hombres y mujeres tirados en el suelo, exangües, dispersos por una explosión que había creado un agujero en la barrera que separaba a la muchedumbre de la *Via Argentum*.

El hombre corrió hacia la armadura de Cyprian Devine, y Raeven vio algo atado a su pecho, como unas cartucheras entrecruzadas, varias cajas negras interconectadas y numerosas hileras de lo que parecían ser generadores en miniatura. La guardia de la casa disparó al aire varios rayos láser refulgentes y lanzó puñetazos firmes, pero aquel hombre tenía la suerte de su lado, pues todos los tiros y golpes pasaron junto a él sin provocar efecto alguno. Raeven se agachó detrás de Albard, que seguía arrodillado, cuando un tiro pasó rozándole la oreja y otro arrancó un pedazo de la calzada a sus pies.

—¡Los dioses serpiente viven! —gritó el hombre cuando llegó al carruaje, y apretó un detonador casero. Por un momento, Raeven lo

miró con incredulidad al ver algo que le resultaba familiar en su aspecto, pero antes de que pudiese confirmar qué era, la bala de un huscarle le arrancó finalmente la cabeza al hombre justo cuando le estalló el artefacto del pecho.

La explosión levantó a Raeven en el aire, pero el hombre no había estado cargando con una bomba en el sentido tradicional, pues los detectores químicos la habrían descubierto antes de que hubiese podido llegar tan lejos. Se trataba de algo muchísimo más peligroso: un poderoso pulso electromagnético se expandió y formó una cúpula de fuerza amortiguada que inutilizó todos los aparatos en un radio de cien metros.

El carruaje se estampó contra la calzada, los rifles láser se detuvieron en seco y las células de energía perdieron su carga en un instante.

Y los implantes craneales del mallahgra y el azhdárquido volaron por los aires envueltos en una doble lluvia de chispas.

—No... —murmuró Raeven.

El mallahgra profirió un bramido húmedo y se arrancó los cepos del cuello con la misma facilidad con la que un hombre se quita una corbata holgada. Arrojó el armatoste de latón y hueso contra la muchedumbre, y los cadáveres salieron despedidos por la fuerza con la que los lanzó. Las membranas nictitantes de sus numerosos ojos titilaron, como si la bestia se hubiese acabado de despertar tras una larga hibernación y se hubiese encontrado con un rival en su terreno. El azhdárquido se encabritó, arañó el aire con sus alas aceradas y lanzó un chillido rabioso al encontrarse atado a un pedazo de metal.

—¡Levántame! —gruñó Albard haciendo grandes esfuerzos bajo el peso de su armadura.

Raeven se quedó mirando a su hermano como un idiota.

—Pero ¿qué dices? Levántate solo. Eres tú el que va con armadura.

—Es una armadura de fusión —señaló Albard, y Raeven lo comprendió de inmediato.

—No puedes moverte —dijo Raeven—. Los sistemas se han quemado.

—Ya lo sé, maldita sea —se quejó Albard—. Ahora ayúdame.

Raeven levantó la vista, y el mallahgra rugió al ver un objeto contra el que descargar su ira. Los huscarles montados cargaron contra la bestia, hundieron en él las lanzas láser y agitaron los arcos de energía chisporroteantes a su alrededor con sus puntas conductoras, pero la bestia los echó a todos a un lado cuando cargó contra ellos con un golpe brutal de sus nudillos. Los hombres y los caballos atravesaron el aire, partidos por la mitad, y se derrumbaron sobre el suelo.

Los disparos sacudieron el pellejo del mallahgra y prendieron fuego a su pelaje, pero fueron incapaces de penetrarle la piel rugosa y las densísimas capas de tejido muscular de debajo. Raeven se dio la vuelta para ver qué, en nombre de todo lo sagrado, impedía a su padre participar en la lucha; de entre todas las armas que había allí en ese momento, un caballero era lo único que posiblemente podría matar a un mallahgra furibundo.

La armadura de caballero de Cyprian Devine silbaba y crepitaba dibujando tracerías arqueadas con rayos impetuosos mientras sus sistemas de a bordo luchaban por mantenerse encendidos. El caballero se hallaba en el mismísimo límite de la explosión, así que logró evitar la potencia del pulso electromagnético.

Sin embargo, no pudo escaparse por completo, y sus sistemas se esforzaban por reiniciarse.

—Qué típico —dijo Raeven—. Justo cuando más te necesito...

Sacó la espada de Albard de su pesada vaina, pero profirió un insulto cuando se dio cuenta de que era un sable de energía y, por tanto, no servía de nada ahora. La hoja ni siquiera tenía filo, pues solamente contaba con la energía disruptiva para atravesar la armadura de los oponentes.

Con el estruendo de madera astillada, el azhdárquido se liberó al fin del yugo que lo ataba al carruaje.

—¡De prisa, Raeven! —suplicó Albard—. ¡Ayúdame!

Los ojos de su hermano estaban llenos de temor. Albard podía oír el mallahgra —sus gruñidos espeluznantes y los golpes de sus zarpas impulsándolo hacia delante—, pero no podía verlo, y ese miedo a lo desconocido lo había acobardado. Ya había perdido un ojo ante una criatura como aquella y no tenía ninguna prisa en interponerse en su camino.

—Lo siento, hermano —soltó Raeven, que seguía agarrando aquella espada imponente.

Se puso en pie, pero antes de que pudiese dar media vuelta y echar a correr, el mallahgra ya estaba sobre él.

Sus numerosos ojos estaban inyectados en sangre y confundidos, lo cual no era ninguna sorpresa, pero reconocía la carne fresca cuando la veía. Una mano con tres garras se lanzó a su encuentro, pero los reflejos afinados de Raeven lo apartaron de su trayectoria. Extendió y sacudió la espada, pero la hoja rebotó sobre la gruesa piel del monstruo sin producir efecto alguno. El animal gruñó y dirigió hacia él su cabeza segmentada, similar a la de un tiburón. Los dientes con forma de sierra le atravesaron la ligera vestimenta y le arrancaron un buen pedazo a la

altura del pecho y del hombro. Él gritó de dolor y se retorció bajo sus zarpas fulminantes.

A su paso salieron más soldados, que dispararon a las dos bestias sin apuntar demasiado. El azhdárquido hizo frente a su ataque. Agitó las pesadas alas y con cada barrido atravesó media docena de hombres con los espolones. Con cada movimiento de su pico afilado partió en dos a los guerreros armados y sus monturas.

Raeven se liberó y corrió hacia la ciudadela con la esperanza de que alguien del interior tuviese la entereza de abrir las malditas puertas. Se paró en seco cuando una pierna metálica, chirriante y quejumbrosa, estuvo a punto de estrellarse contra él. La estela que había dejado el caballero al pasar envolvió a Raeven, y cayó al suelo ante la fuerza energizada del escudo iónico, que lo derrumbó. El caballero iba lanzando chispas y dejando un rastro de combustible a cada paso que daba.

El mallahgra se abalanzó sobre Cyprian, con los brazos dirigidos hacia su montura, pero el padre de Raeven no estaba de humor para un combate cuerpo a cuerpo.

Los turboláseres relampaguearon con fuego mortal, perforaron el pecho de la bestia hasta crear unos cráteres profundos y sanguinolentos, y le arrancaron pedazos chamuscados de la espalda. La criatura aulló de dolor y rabia, pero su sistema nervioso atrofiado era capaz de soportar aquel castigo un poco más de tiempo antes de caer desplomado. La cubierta exterior del caballero —que, como vio Raeven, había permanecido abierta sin remedio— recibió un golpe atronador, con lo que se le clavaron por dentro pedazos de acero roto.

La bestia cerró sus fauces alrededor de la cabeza del caballero con un bramido gutural, pero apartó los dientes mientras masticaba pedazos de plata de su caparazón blindado. Montones de fragmentos metálicos de la armadura destrozada cayeron alrededor de Raeven, y se echó a un lado de un salto cuando varios trozos pesados de metal mordisqueado se estamparon contra el suelo. Los turboláseres volvieron a resplandecer, y esta vez el mallahgra percibió que estaba herido.

Cayó una lluvia de sangre pegajosa mientras lord Devine sacaba su sable sierra y el generador interno lograba vencer al fin los efectos del pulso electromagnético. El gigantesco sable sierra volvió a la vida con un rugido y sus dientes rotantes, más largos que el antebrazo de un hombre, aceleraron a una velocidad pasmosa.

La estridente arma se hundió en las tripas del mallahgra, subió hasta alcanzar el corazón y los pulmones y salió estrepitosamente por el

hombro en medio de un revoltijo de huesos astillados y carne. La bestia aulló cuando Cyprian arrancó de su cuerpo el frenético sable en marcha; su brazo y gran parte del costado derecho se desprendieron de la columna vertebral.

Con razón era Cyprian Devine conocido como «Acero Infernal».

Aceptando al fin su muerte, el mallahgra cayó de rodillas y el brazo que todavía conservaba se desplomó sin fuerza sobre aquel mismo lado mientras soltaba la parte delantera del caballero, salpicado de sangre. El cuerpo sin vida se derrumbó sobre el costado, y su hedor pernicioso se mezcló con el olor a quemado y electricidad de la máquina herida.

Cyprian hizo girar el cuerpo del caballero para mirar a Raeven. Las facciones de su padre estaban cubiertas de sangre, y Raeven vio dos estacas de acero clavadas en su cuerpo, una que le atravesaba el estómago y otra, el hombro. La figura acorazada del caballero se doblegó por el mismo dolor que sentía su portador, pero Cyprian Devine no iba a permitir que unas heridas potencialmente mortales le detuviesen.

—Lleva a tu hermano al santuario —ordenó con los dientes apretados.

Ahora que había desaparecido el peligro inminente, Raeven se puso en pie y se pasó la mano por la cara.

—No estarás pensando en seguir con la Conversión, ¿verdad? —dijo él—. ¿Después de todo esto?

—Ahora más que nunca —le cortó Cyprian—. Haz lo que te digo, chico. Los dos debéis conectaros con vuestras armaduras esta noche. Los trajes han sido consagrados y están dispuestos, os están esperando en la Cúpula Trascendental. Si no os unís ahora, nunca os aceptarán.

Raeven inclinó la cabeza, tras lo cual su padre le dio la vuelta al caballero y partió medio cojeando tras el devastador azhdárquido. Sus gemidos estrepitosos y ensordecedores provenían del fondo del valle, donde los soldados Devine todavía intentaban abatirlo.

Una sonrisa tranquila afloró en el rostro de Raeven cuando se dio cuenta de que la gente de su alrededor aclamaba su nombre, pero tardó un poco en comprender por qué.

Estaba de pie junto al cadáver de un mallahgra destripado sosteniendo una espada en la mano, un arma que ahora comenzaba a chisporrotear y a brillar con una energía violeta. Daba igual que él no hubiese matado a la bestia, lo que importaba era que había sido él quien había opuesto resistencia.

Levantó la espada que había tomado prestada y gritó:

—¡Devine!

Dos regimientos de la Guardia del Alba los esperaban dentro de la ciudadela, pero aquel esplendor ceremonial que una vez habían impuesto en sus filas había desaparecido en el momento en el que corrió la voz sobre el intento de asesinato. Los oficiales y soldados retiraron los cascos acanalados, los gallardetes ostentosos y las corazas doradas ornamentadas con oro y plata. Deseaban salir a luchar junto con su dueño y señor, pero su deber para con los hijos de lord Devine los obligaba a quedarse dentro de la ciudadela.

Raeven sintió remordimientos al pensar que el ataque del mallahgra le había arrebatado la oportunidad de lucirse frente a aquellos hombres de camino al santuario, pero se conformó con la multitud que gritaba su nombre al otro lado de los muros.

—Si fuese un hombre supersticioso, me inclinaría a pensar que este ataque es un mal presagio —comentó.

—Si creyese en los presagios, estaría de acuerdo contigo —contestó Albard, resollando y sin aliento por el esfuerzo que requería andar con aquella voluminosa armadura de fusión con un generador quemado y sin energía motriz.

—¿Has visto el tamaño de ese mallahgra? —exclamó Raeven, que soltó un bufido reprimido mientras la carne cortada del brazo le daba punzadas de dolor—. Por el Trono, pensaba que me mataba.

—Hemos estado a punto de morir ahí fuera —jadeó Albard con las cicatrices de la cara pálidas y los ojos abiertos de par en par.

—Yo he estado a punto de morir —le corrigió Raeven agarrándose el brazo ensangrentado y esforzándose por esconder lo mucho que le dolía en realidad—. Esa bestia no te estaba mirando como si fueses a ser su próxima cena.

—Tienes suerte de estar vivo —dijo Albard.

Raeven adoptó una postura propia de los combates de esgrima y levantó la espada de Albard.

—¿Yo? —pronunció con una amplia sonrisa pícaro—. El que ha tenido suerte ha sido el mallahgra. Si tu espada no se hubiese escacharrado, le habría cortado el brazo entero.

—Pues qué suerte la suya.

—Si padre no hubiese intervenido, te juro que lo habría descuartizado, pedazo a pedazo.

El generador de fusión de doble tambor de la armadura de Albard echó chispas, provocó unos estallidos alarmantes, provenientes de los

mecanismos de control sobrecargados, y silbó al liberar los gases de ventilación. Los sistemas eléctricos irremediablemente dañados derramaban humo teñido de azul.

—Ayúdame a quitarme este maldito traje —soltó Albard, y el breve momento de cordialidad fraternal se extinguió en un abrir y cerrar de ojos.

Raeven se alejó de su hermano cuando un gemido estridente comenzó a salir del generador. Gracias a sus largos años de entrenamiento con un traje similar sabía que los sistemas arcaicos de las armaduras de fusión eran peligrosamente temperamentales. Solo los sacerdotes del Mechanicum poseían los conocimientos que se requerían para mantener una tecnología tan anticuada, pero no tenían ningún interés por atender las reliquias de la familia.

—No soy tu puñetero escudero —espetó Raeven—. Hazlo tú mismo.

—De prisa, antes de que el reactor de fusión atraviese las placas.

Raeven sacudió la cabeza y, con un gesto de la mano, llamó a un trío de sacristanes que esperaban su permiso para acercarse.

—Vosotros tres, quitadle esa armadura. ¡Rápido! Antes de que el reactor de fusión atraviese las placas.

Los hombres con túnicas rojas corrieron a socorrer al hijo mayor de lord Devine. Un sacristán, con un cilindro abultado cubierto de rayas que alertaban de su peligro atado a la espalda, conectó varios cables al núcleo del reactor para cargar los códigos de desactivación y a los tubos cubiertos de escarcha para inyectar líquido anticongelante. Los otros dos utilizaron herramientas eléctricas para desenroscar los tornillos, quitar los cierres de bloqueo y retirar las placas que se estaban calentando rápidamente del cuerpo de Albard entre pedazos humeantes de metal plateado.

Mientras Raeven los observaba trabajar, una imagen apareció de repente en su memoria y recordó al hombre que había detonado el pulso electromagnético en la Via Argentum.

—Era un sacristán —dijo.

—¿Quién? —preguntó Albard.

—El suicida. Llevaba una túnica de sacristán.

—No digas tonterías —exclamó Albard, que bajó la mirada hacia los hombres que trabajaban por quitarle aquella armadura inútil—. ¿Qué razón iba a tener un sacristán para querer asesinar a padre?

—Créeme, es un hombre muy fácil de odiar.

Otro recuerdo acudió a su memoria: el suicida era un sacristán, y era un sacristán que Raeven ya había visto antes. Hacía unos meses, de camino a los aposentos de Lyx para una cita clandestina, había visto a

aquel hombre merodeando por las habitaciones superiores de la torre de Albard. Deseando que el sacristán se marchase, lo reprendió por el parecido que tenía su tatuaje a una serpiente del culto. El hombre le había prometido que se lo quitaría mientras se rascaba y se inclinaba ante él, así que Raeven había olvidado el asunto.

Había atribuido la presencia del sacristán a asuntos relacionados con las armaduras caballero, pero ahora parecía ser una explicación muy poco probable.

Albard se zafó de las últimas piezas de su armadura y se alejó de sus restos humeantes como si fuesen un montón de excrementos de xenosmilus, o un hombre libre mendigando.

—Gracias por nada, Raeven —dijo Albard mientras miraba las placas destrozadas.

—Te dije que era de mentecatos llevar...

—¿Qué me acabas de llamar? —gritó Albard, que se acercó a su hermano con el ceño fruncido y actitud amenazante.

Si el hermano de Raeven pretendía intimidarlo montando una escenita propia de un patio de colegio, era mucho más estúpido de lo que pensaba.

—Te la ibas a tener que quitar en el santuario —comentó Raeven—. De todas formas, a partir de esta noche no ibas a volver a llevarla nunca, así que ¿qué más te da?

—Es una reliquia que pertenece al legado de nuestra familia y posee un valor incalculable —explicó Albard—. Y ahora es un montón de chatarra. Iba a entregársela a mi primogénito en su mayoría de edad, y él al suyo.

La llegada de un oficial de la Guardia del Alba y un escuadrón desigual de soldados evitó que aquella riña se intensificase de manera ineludible. Algunos todavía llevaban piezas de su armadura ceremonial, y parecían un grupo de actores cómicos fingiendo ser soldados.

—Señores —dijo el oficial—, debemos sacarlos de aquí ahora mismo.

—¿Para qué? —inquirió Raeven—. El mallahgra está muerto, y me sorprendería mucho saber que a estas alturas todavía no han matado al azhdárquido.

—Cierto, mi señor —respondió el oficial—, pero por lo que he podido saber, un fanático del culto de la Serpiente ha detonado una bomba electromagnética en la Via Argentum.

—Y ya le han volado los sesos —apuntó Raeven—. Así que ahora no supone ninguna amenaza.

—Es poco probable que haya actuado en solitario —prosiguió el oficial—. Tendrá cómplices.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Albard.

—Es lo que yo haría si planease asesinar a lord Devine.

Raeven le dio una palmada en el hombro al oficial y sonrió con picardía a su hermano.

—Es reconfortante saber que estamos protegidos por hombres que piensan en las muchas maneras con las que podrían matarnos, ¿no crees?

El oficial palideció y Raeven soltó una carcajada.

—Adelante, buen hombre —dijo—. Antes de que el culto de la Serpiente nos mate a todos.

Escortados por trescientos soldados bien armados, Albard y Raeven se abrieron paso a través del recinto fortificado de la Ciudadela del Alba. Lo que debería haber sido una llegada triunfal y calculada al santuario se hizo con prisas, con todos los hombres alerta ante la posibilidad de otro ataque traicionero. Atravesaron otras tres puertas, que habían abierto lo justo y necesario para dejarlos pasar antes de cerrarlas a cal y canto.

En el corazón de la ciudadela se encontraba el santuario.

Mientras que el resto de la Ciudadela del Alba se había construido con la misma roca ocre de las montañas, el santuario había sido erigido por los primeros colonos de Molech, por lo que su estructura no guardaba ningún parecido con la fortaleza que se alzó luego a su alrededor.

No cabía duda de que era más antigua de lo que nadie se podía imaginar, y su planta circular quedaba manifiesta en la cúpula geodésica que claramente había adornado en su momento el casco de una nave estelar. Casi toda la estructura del santuario había formado parte de una nave interestelar: las torres estructurales se tomaron de la superestructura de la nave; sus muros, de las placas del casco exterior; y sus inmensas puertas negras y plateadas, de alguna cámara interna gigantesca.

Aquella era la entrada a la Cúpula Trascendental. Cuando los caballeros de Molech acudían a la batalla, salían desde aquel portalón.

El santuario fue ampliándose y engalanándose a lo largo de los siglos desde el momento de su construcción, y lo que una vez pudo ser funcional y uniforme estaba ahora adornado con banderines de colores, gárgolas de acero y pináculos afilados. Un estandarte con el águila imperial caía desde una pequeña bóveda, coronada con una aguja, en el centro de la cúpula, y se encontraba rodeado de banderas con los escudos de las diversas casas de caballeros, colocadas en un nivel inferior. El simbolismo

que poseía la posición de aquellas banderas era evidente, y Raeven quedó maravillado ante la falta de sutileza.

Cuando el Emperador chasqueó los dedos y llamó a la guerra a la gente de Molech, no tuvieron más remedio que responder.

¿Acaso era el único al que le molestaba el dominio manifiesto que se mostraba en el hecho de que cada elemento de la iconografía imperial se hallase en una posición superior a la de Molech? Sin duda no podía ser el único en verlo, pero al parecer solo a él le preocupaba.

Unas escaleras procesionales majestuosas de hierro negro se elevaban a cada lado de la puerta principal, y rodeaban todo el edificio hasta encontrarse arriba del todo en una entrada circular más pequeña, una más apropiada para el tamaño de los mortales. Esta entrada superior se abrió y dos columnas idénticas de sacristanes, vestidos con sus túnicas rojas, aparecieron y descendieron por las escaleras para acompañar a los hijos de lord Devine a realizar el Ritual de Conversión. Raeven dejó a un lado su rencor por el Imperio mientras se imaginaba cruzando la Puerta Trascendental, conectado a su propia armadura caballero.

Miró de reojo a Albard esperando ver la misma emoción en su cara cubierta de cicatrices que la que evidentemente estaba mostrando él en la suya.

Sin embargo, el rostro de su hermano estaba pálido como el de un cadáver, y su piel estaba empapada de sudor rutilante.

La Cámara de los Ecos no recibía su nombre por sus propiedades acústicas, aunque eran realmente impresionantes. Los pasos pesados de Raeven retumbaban en el techo lejano, formado por un manto en suspensión de cables gruesos y tuberías que silbaban, como si se tratase de una selva de enredaderas o un enorme e increíble nido de serpientes. El suelo era un mosaico de rejillas de acero y placas procedentes de la cubierta de la nave olvidada que había sido desguazada para crear la estructura del santuario.

Una tenue luz ultravioleta brillaba a través de las tuberías de arriba, y unas electroantorchas parpadeantes ardían en candelabros de hierro que una vez sirvieron como cubrepistones de la cubierta de un motor. Dos tronos mecanizados gigantescos permanecían sobre una tribuna elevada en el centro de la cámara, colocados de tal modo que aquellos que se sentasen en ellos estuviesen mirándose mutuamente.

—El Trono Mechanicum —anunció un acólito que los había guiado hasta allí—, mediante el cual os uniréis con vuestra armadura.

Dieron varias vueltas a la estructura interna del santuario, y los sacristanes que los acompañaban se dispersaron mientras los acólitos con

túnica del Mechanicum tomaban posición por todo el edificio para preparar el ritual. Al final solo quedó uno, un dron con la cabeza rapada que normalmente asistía a su padre.

Sin que nadie tuviese que decírselo, Raeven supo cuál de los tronos era el suyo, así que subió los peldaños metálicos de aquel mecanismo pesado y monótono para sentarse. Nada más tomó asiento, unas pesadas argollas de acero se le cerraron alrededor de los tobillos y las muñecas. Un capuchón plateado se elevó por la parte trasera del trono y se deslizó con suavidad por encima de su cabeza. Raeven sintió el calor eléctrico de su contacto cuando unas clavijas, que no paraban de zumbiar, fueron introducidas en los conectores de entrada que llevaba a sus espaldas, en el cuello y la columna.

La sensación que le provocó aquella penetración invasiva fue brusca y fría, pero no desagradable.

Con la conexión ya establecida, Raeven parpadeó en cuanto oyó los susurros de unas voces tenues a su alrededor, como si un grupo invisible de observadores lejanos hubiese entrado con sigilo en la cámara para presenciar su Conversión.

—Mi señor —dijo el sacristán, señalando el trono que había frente al de Raeven.

Albard inclinó la cabeza, pero no hizo ningún amago de subir la escalera hasta su trono.

—¿Qué ocurre, hermano? —preguntó Raeven—. ¿Nervioso?

Albard le lanzó una mirada iracunda.

—Esto no tendría que hacerse así —contestó—. Los protocolos, las palabras que debemos pronunciar... Esto no es lo que yo esperaba.

El sacristán asintió.

—Dado el desafortunado incidente ante la Puerta Argentada, lord Devine nos ha ordenado que prescindamos de gran parte del protocolo asociado con la Conversión.

El tono del sacristán no dejó lugar a dudas respecto a lo que él pensaba de aquella instrucción en particular. Al igual que los supervisores del Mechanicum, los sacristanes respetaban sobremanera las tradiciones, los rituales y los dogmas.

—Pero eso es para ayudarnos a conectar con la armadura caballero —protestó Albard.

—Lord Devine consideró que seríais más que capaces de establecer una conexión sin necesidad de ello —explicó el sacristán—. Fue especialmente insistente.

Albard tragó saliva, y Raeven saboreó el malestar de su hermano. Aunque normalmente era tan arrogante y brusco como su padre, verlo tan asustado era un placer excepcional.

—Mi señor, por favor —dijo el sacristán.

—De acuerdo, maldita sea —soltó Albard, que al fin subió las escaleras y se sentó en su trono.

Los mecanismos de restricción se cerraron alrededor de las extremidades de su hermano y el capuchón plateado se alzó para cubrirle la parte superior del cráneo. El cuerpo de Albard se sacudió cuando las conexiones umbilicales se introdujeron en su cuerpo, y empezó a hacer muecas en cuanto aquel ruidoso mecanismo rozó la piel infectada alrededor de los conectores de entrada.

Los ojos de Raeven se encontraron con los de Albard, y se permitió un momento para disfrutar de la satisfacción que le provocó ver la debilidad en lo más hondo de su hermano, enterrada e invisible para la mayoría de gente que lo conocía. Pero ahora estaba allí, a la vista de todo el mundo, expuesta de un modo terrible.

—¿Preparado, hermano? —preguntó Raeven.

Albard no dijo nada, simplemente apretó y aflojó la mandíbula con temor.

Satisfecho de que los dos hombres estuviesen bien sujetos en sus tronos, el sacristán se inclinó y le susurró algo al oído a Albard. Tan perfecta era la acústica de la cámara que Raeven pudo oír todas y cada una de sus palabras, y abrió los ojos de par en par al ver la mirada de horror en el rostro de su hermano.

—Los dioses serpiente viven —dijo el sacristán.

El sol comenzaba a despuntar por el valle mientras Cebella Devine observaba a Lyx, que en aquel momento subía la escalera que conducía a los altos muros que daban a la escena de la carnicería del día anterior. Los guardaespaldas huscarles de Cebella mantenían una distancia respetuosa, y ella sentía cómo su corazón se aceleraba a medida que Lyx se le iba acercando.

—¿Ha terminado? —preguntó Cebella sin volverse para mirar a la muchacha.

—Sí —confirmó Lyx.

—¿Y?

—Ha habido... complicaciones —explicó Lyx, que claramente estaba disfrutando del gesto de enfado que había atravesado el rostro de Cebella.

—No te hagas de rogar, Lyx. Cuéntamelo.

—Raeven ha conectado con éxito. Su caballero es como un potro en el establo, salvaje y fuerte.

—¿Y Albard?

Lyx hizo una pausa y fingió estar desconsolada.

—Me apena comunicar que, tras el incidente en la Via Argentum, la mente de Albard no estaba preparada para soportar una noche en la Cámara de los Ecos.

—¿Sigue con vida? —preguntó Cebella.

Lyx asintió.

—Sí, pero su caballero se negó a unirse a él y la reacción bioneural de ese rechazo ha dañado su mente sin remedio. Me temo que lo hemos perdido.

Cebella se dignó finalmente a mirar a la cara a Lyx, y las dos mujeres compartieron una mirada que cualquier persona ajena habría confundido con tristeza compartida, aunque en realidad se trataba de complicidad mutua.

—Menudo espectáculo montó ese sacristán tuyo que tenías por perrito faldero —dijo Cebella al fin.

—Un hombre es capaz de hacer locuras en nombre de la lujuria —afirmó Lyx.

—Pero no consiguió matar a Cyprian —prosiguió Cebella—. Lo empaló dos veces y ese viejales cascarrabias sigue con vida. Casi lo admiro por ello. Casi.

—Sí, Cyprian sigue vivo, pero mira lo que ha conseguido Raeven —señaló Lyx—. La gente lo vio en pie enfrentándose a un mallahgra solamente con una espada inútil. Las leyendas nacen de historias como esa.

—¿Acaso necesitamos leyendas?

—Las necesitaremos —respondió Lyx, cuando irrumpió en ella un mareo momentáneo y tuvo que parpadear para alejar la imagen de un ojo ambarino abrasador y una tormenta arrolladora que se extendía de un extremo al otro del horizonte.

—¿Otra visión? —quiso saber Cebella, que alargó una mano para sujetar a la muchacha.

—Tal vez —asintió Lyx.

—¿Qué ves? —inquirió Cebella sin levantar la voz.

—Se aproxima una época de grandes cambios para Molech —explicó—. Ocurrirá dentro de muchos años, pero, cuando llegue, se librará una guerra terrible. La Casa Devine jugará un papel fundamental en ella.

—¿Raeven?

—Será un gran guerrero, y sus acciones cambiarán el rumbo de la contienda.

Cebella sonrió y soltó el brazo de Lyx. Levantó la vista al cielo del amanecer e imaginó los mundos que su hijo llegaría a reclamar y dominar. Lyx no era la única adoratriz que poseía el don de la visión, pero sus poderes secretos eran mucho más intensos que cualquiera de los que Cebella había conocido nunca.

—Tienes grandes aspiraciones para tu hermano gemelo —dijo Cebella.

—No más que tú, madre —respondió Lyx—. No más que tú.